

LA VISIÓN, LA PRÁCTICA Y LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA COMO CUERPO DE CRISTO

(Jueves: primera sesión de la mañana)

Mensaje uno

El propósito de Dios para la iglesia

(1)

Obtener la plena filiación divina por medio de la santificación para la expresión corporativa de Dios

Lectura bíblica: Ef. 1:3-6; He. 2:10-11; 1 Ts. 5:23

- I. Hay tres asuntos principales relacionados con el propósito de Dios para la iglesia:**
 - A. La iglesia tiene que obtener la plena filiación—Ef. 1:4-5.
 - B. Por medio de la iglesia la multiforme sabiduría de Dios es dada a conocer al enemigo; la iglesia así llega a ser el poema de Dios, Su sabia exhibición de todo lo que Cristo es—3:10; 2:10; 1 Co. 1:30.
 - C. El propósito de Dios es reunir bajo una cabeza todas las cosas en Cristo por medio de la iglesia—Ef. 1:10, 19-23.
- II. El propósito eterno de Dios en Su intención según el deseo de Su corazón es tener muchos hijos; Dios desea tener muchos hijos que sean Su expresión de manera corporativa—vs. 3-6; 3:11; Ro. 8:28-29; Jn. 1:12-13; Ap. 21:7:**
 - A. Romanos 8:19 nos dice que toda la creación está aguardando la revelación y la glorificación de los hijos de Dios, y Hebreos 2:10 dice que Cristo está llevando muchos hijos a la gloria; Cristo está haciendo una sola cosa hoy, a saber: nos está introduciendo en la gloria—2 Co. 3:18; 4:16-18.
 - B. Actualmente la creación se halla esclavizada bajo la ley de deterioro y corrupción; su única esperanza es ser libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad de la gloria de los hijos de Dios cuando éstos sean revelados, manifestados—Ro. 8:17-21.
- III. El que el pueblo de Dios fuese escogido para ser santo es con el propósito de que sean hechos hijos de Dios que participan de la filiación divina; en la eternidad pasada Dios el Padre “nos escogió [...] para que fuésemos santos [...] para filiación”—Ef. 1:4-5:**
 - A. La palabra *santos* no sólo denota ser santificados, apartados para Dios, sino también ser diferentes, distintos, de todo lo profano; sólo Dios es diferente, distinto, de todas las cosas; por lo tanto, Él es santo y la santidad es Su naturaleza:
 1. Dios nos escogió para que fuésemos santos; Él nos hace santos impartiendo a Sí mismo, el Santo, en nuestro ser, a fin de que todo nuestro ser sea impregnado y saturado de Su naturaleza santa.
 2. Para que nosotros, los escogidos de Dios, seamos hechos santos tenemos que ser partícipes de la naturaleza divina de Dios (2 P. 1:4) y permitir que todo nuestro ser sea empapado de Dios mismo.

- B. La filiación divina se efectúa al mezclarnos con Dios (el Santo, quien es el Espíritu Santo) hasta alcanzar la plena santificación—Ef. 4:30; 1 P. 1:15-16:
1. Dios está forjándose en nosotros y mezclándose con nosotros a fin de que seamos santos, absolutamente santificados por Él, en Él y con Él; cada parte de nuestra naturaleza humana se mezclará con la naturaleza divina—cfr. Lv. 2:4-5.
 2. En la tipología del Antiguo Testamento, las tablas del tabernáculo estaban recubiertas de oro por todas partes; en el cumplimiento de este tipo, Dios se mezcla con la iglesia de modo que seamos introducidos en la plena filiación—Éx. 26:28-30.
 3. Según la enseñanza del Nuevo Testamento, la filiación significa:
 - a. Que nacemos de Dios a fin de tener a Dios como nuestra vida y naturaleza—Jn. 1:12-13; 3:6; 1 Jn. 5:11-12; 2 P. 1:4.
 - b. Que crecemos con Dios y estamos en Dios, al crecer en todo en Cristo, la Cabeza, y al crecer con el crecimiento de Dios—Ef. 1:6, 10; 4:15-16; Col. 2:19.
 - c. Que nos mezclamos completamente con Dios; cada parte de nuestro ser será impregnada, saturada y recubierta de Dios—Lv. 2:4-5; 1 Ts. 5:23.
 - d. Que somos hechos aptos para heredar todo lo que Dios es, todo lo que Dios tiene y todo lo que Dios se ha propuesto—Ef. 1:14; Ro. 8:17.
 - e. Que a la postre seremos absolutamente santos y divinos—Ef. 1:4; Ap. 21:2, 10.
- C. Los escogidos de Dios son hechos Sus hijos mediante Su Espíritu que santifica (Ro. 15:16; Gá. 4:6); es por eso que Efesios 1:3 llama esto una bendición espiritual, una bendición dada por el Espíritu:
1. La santificación que redundará en filiación aún continúa; sin embargo, es posible que día a día no vivamos en nuestra filiación porque no prestamos atención al Espíritu santificador que habla y opera en nuestro espíritu—Ro. 15:16; 8:4; Ef. 5:26.
 2. Hoy tenemos que aprender a vivir por el Espíritu, a servir por el Espíritu, a actuar conforme al Espíritu y a tener nuestro ser completamente por el Espíritu, con el Espíritu y según el Espíritu durante todo el día—Ro. 1:1, 9; 8:4; Fil. 3:3; Zac. 4:6.
 3. Además de esto necesitamos crecer en la vida de Cristo con el alimento apropiado en el Espíritu; podemos ser alimentados de tres maneras: al leer la santa Palabra, al escuchar el hablar espiritual y al asistir a las reuniones—Jn. 8:31-32; Ef. 5:26; Ap. 2:7; Sal. 73:16-17, 22-26; 77:13.
- D. Los escogidos de Dios llegan a ser santos y sin mancha delante de Él y son predestinados para filiación “en amor”—Ef. 1:4; cfr. 3:17; 4:2, 15-16; 5:2; 6:24; Ap. 2:4:
1. El amor que se menciona en Efesios 1:4 se refiere al amor con el cual Dios ama a Sus escogidos y con el cual Sus escogidos lo aman a Él; es en este amor, en tal amor, que los escogidos de Dios llegan a ser santos y sin mancha delante de Él.
 2. Primero, Dios nos amó; luego, este amor divino nos inspira, como respuesta, a amarlo a Él; en tal condición y entorno de amor, somos saturados de Dios

para ser santos y sin mancha, tal como Él es—1 Jn. 4:19; Sal. 31:23a; 116:1; Mr. 12:30.

IV. Cristo como Capitán de la salvación lleva a los muchos hijos de Dios a la gloria, la expresión corporativa de Dios, al salvarlos orgánicamente mediante la santificación; la santificación es la obra de Dios de “hijificarnos”—He. 2:10-11; Ef. 1:4-5; 1 Ts. 5:23; Ro. 5:10:

- A. Hebreos 2:10 dice que el Señor como Capitán de la salvación de Dios llevará muchos hijos a la gloria; luego el versículo 11 habla de Aquel que santifica y de aquellos que son santificados; esto nos muestra que la santificación redunda en la filiación.
- B. Esto nos permite tener una comprensión más completa de Efesios 1:4-5; el versículo 4 dice: “Para que fuésemos santos”, y el versículo 5 dice: “Para filiación”; *para que fuésemos santos [...] para filiación* nos muestra nuevamente que la santificación redunda en la filiación.
- C. La santificación divina que redunda en la filiación divina es el centro de la economía divina y el pensamiento central de la revelación del Nuevo Testamento; la santificación es el proceso del cual depende el cumplimiento de la economía eterna de Dios.
- D. La santificación divina es la línea sostenedora en el cumplimiento de la economía divina que consiste en “hijificarnos” divinamente, lo cual nos hace hijos de Dios para que seamos hechos iguales a Dios en Su vida y en Su naturaleza (mas no en Su Deidad), a fin de que seamos la expresión de Dios; podemos afirmar que la santificación es la línea sostenedora porque cada paso de la economía de Dios en Su obra con nosotros consiste en hacernos santos:
 - 1. La santificación que busca, la santificación inicial, es para arrepentimiento a fin de traernos de nuevo a Dios; nosotros nos arrepentimos y creímos debido al Espíritu que busca, el Espíritu que convence—1 P. 1:2; Lc. 15:8-10, 17-21; Jn. 16:8-11.
 - 2. La santificación que redime, la santificación posicional, es efectuada por la sangre de Cristo, para trasladarnos de Adán a Cristo—He. 13:12.
 - 3. La santificación que regenera, el principio de la santificación en cuanto a nuestra manera de ser, nos renueva desde nuestro espíritu para hacer de nosotros, los pecadores, hijos de Dios que forman un organismo para la expresión corporativa de Dios, que es el Cuerpo orgánico de Cristo, la iglesia—2 Co. 5:17; Jn. 1:12-13; 3:5-6, 8; 1 P. 1:3; Tit. 3:5.
 - 4. La santificación que renueva, la continuación de la santificación en cuanto a nuestra manera de ser, renueva nuestra alma desde nuestra mente pasando por todas las partes de nuestra alma para hacer de nuestra alma parte de la nueva creación de Dios—Ro. 12:2b; Ef. 4:23; 2 Co. 4:16; Gá. 6:15.
 - 5. La santificación que transforma, la santificación diaria, nos reconstituye con el elemento de Cristo metabólicamente para hacernos una nueva constitución como parte del Cuerpo orgánico de Cristo—1 Co. 3:12; 2 Co. 3:16-18; Ro. 12:1-2; Sal. 68:19.
 - 6. La santificación que conforma, la santificación que moldea, nos amolda a la imagen del Cristo glorioso para hacernos la expresión de Cristo—Ro. 8:29; Fil. 3:10.

7. La santificación que glorifica, la santificación que consume, redime nuestro cuerpo transfigurándolo para hacernos la expresión de Cristo en plenitud y en gloria, de modo que seamos entera y completamente santificados en nuestro espíritu, alma y cuerpo para ser una incorporación consumada de los muchos hijos de Dios que han madurado en el Dios Triuno procesado, quien ha llegado a ser la vida de ellos a fin de que expresen a Dios como la Nueva Jerusalén por la eternidad—v. 21; Ro. 8:23; 1 Ts. 5:23; Ap. 21:2-3, 7, 9-11, 22.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

LA SANTIFICACIÓN DIVINA ES LA LÍNEA SOSTENEDORA EN EL CUMPLIMIENTO DE LA ECONOMÍA DIVINA

En este mensaje deseamos ver que la santificación divina es la línea sostenedora en el cumplimiento de la economía divina. No fue sino hasta la década de los ochenta que comencé a usar de manera frecuente la palabra *economía*. Antes usábamos la palabra *plan* en vez de *economía*. La economía de Dios es Su plan, pero la palabra *plan* no tiene tanto significado como la palabra *economía*. La palabra *economía* es la forma en español de la palabra griega *oikonomía*.

La economía de Dios es la intención del deseo de Su corazón, y Dios hizo que esta intención fuera un propósito. Este propósito llegó a ser, y todavía es, la economía de Dios. La santificación constituye un punto principal en la economía de Dios. Es la línea sostenedora en el cumplimiento de la economía divina. Debemos ver lo que significa el término *línea sostenedora*. Para ir de pesca se necesita un hilo de pescar. Ése es el hilo que sostiene lo que uno pesque. El hilo sostiene al pez. En otras palabras, el hilo dirige la pesca. Nosotros decimos que la santificación es la línea sostenedora debido a que cada etapa de la economía de Dios en la obra que Él efectúa en nosotros consiste en hacernos santos.

Dios creó el universo; ni una sola parte de éste era santa. Luego Dios creó al hombre. Aun antes de caer, el hombre no era santo. En todo el universo sólo Uno es santo, Dios mismo. Sin importar lo perfecto y bueno que alguien pueda ser, la perfección y la bondad no le hacen santo. Los ángeles son perfectos y buenos, pero hablando con propiedad, ellos no son santos como Dios lo es. Para ser santos es necesario tener la esencia santa. Si decimos que algo es acero, debe tener la esencia del acero. Así que, si alguien es santo, debe tener la esencia santa, y la esencia santa de todo el universo es Dios mismo.

La Nueva Jerusalén es llamada la ciudad santa (Ap. 21:2). Está edificada con oro, perla y piedras preciosas en el oro (vs. 18-21). Las perlas forman las puertas y las piedras preciosas constituyen el muro y sus cimientos, todo ello edificado en oro. Pablo dijo en 1 Corintios 3 que él había puesto a Cristo como único fundamento y que ahora nosotros debemos edificar sobre este fundamento. Si edificamos con madera, hierba y hojarasca, sufriremos un castigo. Pero si edificamos con oro, plata y piedras preciosas, recibiremos una recompensa (vs. 11-15). Aquí Pablo dice que el oro es un material.

Sin embargo, en un sentido estricto, el oro no es el material *para* el edificio. El oro es el solar de la Nueva Jerusalén. La Nueva Jerusalén está edificada sobre oro. Cuando alguien edifica una casa en un terreno, el terreno no es el material *para* el edificio. La ciudad de la Nueva Jerusalén en sí es de oro. La calle es de oro. Sobre este oro las puertas son edificadas. Sobre este oro los cimientos son puestos y el muro es edificado. El oro representa a Dios en Su naturaleza divina. En todo el universo, sólo Dios es santo en naturaleza.

Algunos quizá digan que los ángeles son santos y que en el Antiguo Testamento se habla del pueblo santo de Dios y de la ciudad santa. El templo era santo, y el oro era santificado por el templo (Mt. 23:17). Los sacerdotes eran santos, el altar era santo y las ofrendas eran santificadas por el altar (v. 19). En este sentido, algo que pertenezca a Dios también puede ser considerado santo. Hasta las vestiduras de los sacerdotes eran santificadas mediante la unción. Después de ser ungidas llegaban a ser santas porque llegaban a ser algo para Dios y algo que le pertenecía a Dios. Sin embargo, eso no es la santidad genuina en naturaleza. El tabernáculo y todo lo relacionado con él no eran Dios mismo, sino algo que le pertenecía a Dios.

Cuando hablamos de la santificación en su sentido más elevado en el Nuevo Testamento, no hablamos de algo que simplemente pertenece a Dios, sino de algo que es Dios. Efesios 1:4 y 5 hablan de ser santos para filiación. Somos escogidos para ser santos a fin de que podamos ser hijos de Dios. Puesto que somos hijos de Dios y nacimos de Dios, no sólo le pertenecemos. Somos hijos de Dios que tienen la esencia de Dios, Su vida y Su naturaleza.

Las vestiduras del sumo sacerdote le pertenecían a Dios, pero no tenían la vida y la naturaleza de Dios. Hoy, sin embargo, somos hijos de Dios y tenemos la naturaleza santa y la vida santa de Dios mismo. Tenemos la esencia santa de Dios, así que somos santos, pero no fuimos creados ni nacimos así. Al ser creados éramos seres humanos comunes, pero llegamos a ser pecadores caídos, incluso enemigos de Dios. Sin embargo, un día nacimos de Dios, y este nuevo nacimiento revolucionó nuestra esencia.

La regeneración es un reacondicionamiento. La regeneración nos reacondiciona con algo esencial. Este asunto esencial es Dios mismo. Cuando Dios nos regeneró, Él nació en nosotros, así que llegó a ser nuestra esencia, naturaleza y vida. Ahora somos santos tal como Él es santo. Él es oro, y nosotros somos oro en naturaleza. En este sentido, sólo los que nacen de Dios y son hijos Suyos pueden ser llamados pueblo santo.

Por un lado, todos nosotros somos santos, pero nuestra santidad se encuentra a varios niveles. Un hermano que ha estado en la vida de iglesia muchos años es más santo que un hermano nuevo que haya sido regenerado hace poco. Dios como esencia regeneró el espíritu de este hermano nuevo, pero sólo una pequeña parte del hermano es santa. Su alma no ha sido tocada por la esencia de Dios. En cambio, otro hermano quizá tenga la experiencia de haber sido santificado por más de cuarenta años. Su espíritu fue santificado y su alma también ha sido santificada en gran medida.

Nuestra santificación será consumada cuando se lleve a cabo la redención de nuestro cuerpo, que es la transfiguración de nuestro cuerpo. Por tanto, la obra santificadora del Espíritu primero da por resultado nuestro arrepentimiento y continúa hasta nuestra glorificación. Entre nuestro arrepentimiento y nuestra glorificación, se encuentran la regeneración, la renovación, la transformación, la conformación y la transfiguración de nuestro cuerpo, que es la glorificación de todo nuestro ser. Ésta es la línea de la santificación divina para hacernos santos, así que esta línea sostiene el cumplimiento de la economía de Dios.

Hoy en día la línea de la santificación divina nos ha “enganchado”. Estábamos en el “océano” de la humanidad, pero esta línea llegó a nosotros, y fuimos atrapados. El hecho de que hayamos sido atrapados tendrá su consumación cuando seamos transfigurados. Entonces la línea será completada. Algunos de nosotros estábamos en la escuela cuando alguien nos habló de Cristo. En las palabras de esta persona iba escondido un “anzuelo”, y nosotros lo mordimos. Fuimos convencidos y nos arrepentimos y creímos. Luego fuimos regenerados para que continuásemos en la línea sostenedora de la santificación divina.

La santificación divina sostiene todas nuestras experiencias espirituales desde nuestro arrepentimiento hasta nuestra glorificación. Pasa por nuestra regeneración, renovación, transformación y conformación hasta la redención de nuestro cuerpo (Ef. 1:14; 4:30). *Hasta* significa “dando por resultado”. La redención de nuestro cuerpo es la consumación de la santificación divina.

Esta santificación nos “hijifica” de manera divina, lo cual nos hace hijos de Dios para que seamos hechos iguales a Dios en Su vida y en Su naturaleza (mas no en Su Deidad), a fin de que seamos la expresión de Dios. Por consiguiente, la santificación es la filiación divina. Por el lado humano, somos hijos de nuestros padres, pero por el lado divino, la regeneración nos ha hecho hijos de Dios. Nosotros no tenemos y no podemos tener la Deidad de Dios, pero sí tenemos la vida y la naturaleza de Dios para que podamos ser la expresión de Dios. En principio, un hijo es la expresión del padre. Dios el Padre nos santifica para hijificarnos, hacernos hijos Suyos a fin de que seamos Su expresión. En la regeneración fuimos hijificados, pero eso fue sólo un comienzo, un inicio. Después de ser regenerados necesitamos crecer para llegar a la madurez. Llegamos a la madurez cuando nuestra alma es plenamente hijificada. Con el tiempo, nuestro cuerpo, que aún tiene mucha debilidad, enfermedad, lujuria y pecaminosidad, será plenamente transfigurado, glorificado en plenitud.

LOS PASOS DE LA SANTIFICACIÓN DIVINA

La santificación que busca: la santificación inicial

En la eternidad Dios planeó una economía, y en esa economía Él decidió tener muchos hijos. Después de crear al hombre, éste cayó. Luego Dios el Espíritu vino para santificarlo (1 P. 1:2). Estábamos perdidos en Adán, en el pecado y en la muerte. Estábamos en un caos absoluto, llenos de pecado y de muerte. Pero el Espíritu vino a buscarnos y nos encontró. Luego Él nos convenció. Después, reanimó nuestro espíritu para que nos arrepintiésemos. Ésta fue nuestra santificación inicial para el arrepentimiento (Lc. 15:8-10). Esta santificación que nos busca produjo nuestro arrepentimiento para hacernos volver a Dios (vs. 17-21).

La santificación que redime: la santificación posicional

La santificación que nos redime, la santificación posicional, fue efectuada por la sangre de Cristo (He. 13:12) a fin de trasladarnos de Adán a Cristo. Esto cambió el lugar donde estábamos. Ésta es la santificación posicional, la cual no tiene nada que ver con nuestra manera de ser.

La santificación que regenera: el principio de la santificación en cuanto a la manera de ser

Nuestra regeneración es una clase de santificación. La regeneración es el principio de la santificación en cuanto a la manera de ser para renovarnos desde nuestro espíritu (2 Co. 5:17). Dios nos renovó desde el mismo centro de nuestro ser, que es nuestro espíritu. En la salvación que Dios efectúa, Él primero toca nuestro espíritu para regenerarlo, es decir, para renovarlo. Esto hace de nosotros, pecadores que antes éramos enemigos de Dios, hijos de Dios (Jn. 1:12-13).

La santificación que renueva: la continuación de la santificación en cuanto a la manera de ser

La santificación que nos renueva continúa la santificación en cuanto a la manera de ser al renovar nuestra alma empezando desde nuestra mente y pasando por todas las partes de

nuestra alma (Ro. 12:2b; Ef. 4:23). Romanos 12:2 dice que seremos transformados por la renovación de nuestra mente, y la mente es la parte principal de nuestra alma. El alma tiene tres partes: la mente, la parte emotiva y la voluntad.

Efesios 4:23 habla de ser renovados en el espíritu de nuestra mente. Esto significa que nuestro espíritu regenerado entró en nuestra mente para renovar totalmente nuestra alma. Esto hace que nuestra alma sea parte de la nueva creación de Dios (Gá. 6:15). Nuestro espíritu ya es parte de la nueva creación de Dios, pero nuestra alma todavía no lo es. Mediante la renovación, nuestra alma será hecha parte de la nueva creación de Dios.

La santificación que transforma: la santificación diaria

En 2 Corintios 4:16 se nos dice que nuestro hombre exterior, nuestro viejo hombre, se va desgastando y que nuestro hombre interior, nuestro nuevo hombre, se renueva de día en día. Debemos ser renovados no sólo de día en día, sino también de hora en hora y hasta de minuto en minuto, sin interrupción. Todas nuestras circunstancias, incluyendo la gente que nos rodea, constituyen el mejor instrumento que Dios usa para renovarnos. Él siempre nos está transformando interna y metabólicamente con el elemento divino.

La santificación que nos transforma es la santificación diaria, la cual nos constituye de manera metabólica con el elemento de Cristo para hacer de nosotros una nueva constitución como parte del Cuerpo orgánico de Cristo (1 Co. 3:12). Esto es una especie de reconstitución para deshacerse de lo viejo y agregar el nuevo elemento de Cristo. Si queremos ser miembros vivos de Cristo, es necesario que seamos constituidos con el elemento de Cristo, el cual hará de nosotros una nueva constitución para la edificación del Cuerpo de Cristo.

La santificación que conforma: la santificación que moldea

La santificación que nos conforma es la santificación que nos forma a la imagen del Cristo glorioso (2 Co. 3:18). En un árbol frutal se encuentra el principio formador de la vida de ese árbol. Cuando un duraznero da fruto, el fruto es formado según la forma particular de un durazno. La ley reguladora de la vida del durazno le da forma al fruto. Cada vida tiene una ley reguladora. Cuando el Espíritu santificador nos santifica, existe un elemento formador que nos forma a la imagen del Cristo glorioso. Esta obra de conformación nos hace ser la expresión de Cristo. Por eso podemos manifestar a Cristo. Expresamos a Cristo porque hemos sido formados por el Espíritu que santifica.

La santificación que glorifica: la santificación que consume

La santificación que glorifica es la santificación que consume, la santificación que completa a fin de redimir nuestro cuerpo al transfigurarlo (Fil. 3:21). Nuestro cuerpo vil y caído será redimido de la enfermedad, la debilidad, la muerte y de la lujuria y el pecado para que seamos la expresión de Cristo en plenitud y en gloria (Ro. 8:23). Para entonces la salvación y la santificación que Dios efectúa para cumplir Su economía llegarán al nivel más elevado. En esto consiste la revelación de la santificación divina en siete pasos.

La santificación divina, desde su comienzo hasta su culminación, es completamente la obra excelente del Espíritu de Cristo, la corporificación del Dios Triuno, el Espíritu consumado, compuesto, vivificante y que mora en nosotros. (*El Espíritu con nuestro espíritu*, págs. 127-133)